



Recuerdo mi primer contacto con él. Hace más de 15 años, en una función teatral de un grupo de aquellos que se forman y desaparecen con la misma rapidez, salió al escenario del Talía haciendo un número de mimo. Me pareció que hacía la misma rutina de todo mimo principiante y pensé, al consultar el programa y verificar que se trataba de un joven recién llegado de San Fernando, que era otro provinciano que llegaba a la capital con sus esperanzas y sus sueños, que terminarían, fatalmente, estrellándose con la indiferencia y la apatía del medio.
Me equivoqué.

primero se expresa en su descontento vertido al iniciar una de las pocas polémicas trascendentes que ha habido en torno al teatro chileno para después desembocar en una acción positiva: la creación junto a Enrique Noisvander del Taller de Experimentación Teatral.

En ese taller, en los primeros meses de preparación de mi obra "Nos tomamos la universidad", que Colina principió a dirigir, me correspondió el privilegio de trabajar con él y de conocerlo mejor.

Varias veces me pregunté si había una relación lógica entre el esfuerzo, la dedicación, la sed de perfección que Colina ponía en su trabajo y el ám-

justificación al absurdo de una muerte joven que haber vivido plenamente la actividad que su talento le marcó.

En nuestro país el teatro tiene una vida precaria. Quienes a él se dedican no cuentan con la satisfacción que en otras partes se obtiene como compensación a la marginalidad social que desde antiguo ha correspondido a la gente de teatro. No obtienen fortunas, su nombre es conocido por sólo un grupo reducido de aficionados y raramente son distinguidos por la comunidad, en relación a su quehacer vital.

LA MUERTE DE UN HOMBRE DE TEATRO



Fernando Colina llegaba a Santiago a cumplir su vocación de hombre de teatro y a poner a prueba su talento. Y ahora, que tan absurda como precipitadamente ha llegado la hora del balance final, hay que decir de Colina que realizó su vocación y exhibió un talento de cuya plenitud no pudimos sospechar los escasos espectadores de la tarde de su debut.

Cuando se lee la lista de las actuaciones públicas de Fernando Colina en el teatro, sobrecoge el observar cuánta dedicación y esfuerzo realizado hubo en tan corto tiempo. Actor, director, escenógrafo, mimo y diseñador de vestuario, fueron las distintas especialidades teatrales, en las que Colina entregó su talento. Pero sobre ellas y como una síntesis destaca su calidad de hombre de teatro total, preocupado de la suerte del arte escénico chileno, preocupación que

bita de repercusión que esa labor podría tener. Paradigma de la nueva generación teatral, la seriedad profesional que Colina ponía en su trabajo de mentor y de director del Taller de Experimentación Teatral, no tenía punto de comparación con la alegre o romántica bohemia de la gente de teatro de otra generación, que se regocijaban en la improvisación y en el chispazo intuitivo. Nada tenía que ver, tampoco, con los actores y directores burócratas más empeñados en cumplir fielmente con un cargo que con su arte. Las exigencias que Colina se hacía eran absolutas, su dedicación total. Ningún espectador que ha presenciado una dirección, actuación o escenografía de Colina podía sospechar cuántas horas de trabajo y cuánta vida él había entregado a ella.

Tal vez, esa misma absorción total con la que invariablemente enfrentaba su quehacer artístico, precipitó su muerte. Pero si así fuera, qué mejor

No obstante, es esa gente la que está proporcionando la posibilidad de que Chile no se asfixie de pragmatismo y materialidad, la que está abriendo los poros del país a una vida cultural. Son ellos los que, con heroísmo, mantienen gran parte del tráfico de las ideas, los sentimientos y preocupaciones que nos llegan de otras edades y otros países, a la vez que dan la posibilidad de expresar nuestros propios valores.

Por eso la muerte de un hombre de teatro, sin que la comunidad se percate mayormente de ello, la empobrece y la disminuye en forma irreparable. Más aún cuando, como en el caso de Fernando Colina, es dable citar una frase de "Los culpables", de Henri Troyat, obra que el Teatro de Ensayo estrenó en el Teatro Municipal cuando Colina aún no formaba parte de sus miembros: "La muerte elige a los mejores".